



Creación literaria

Quando papá se fue de casa

Triunfo Arciniegas

Papá se fue de casa. La otra noche discutió a gritos con mamá hasta tarde, cuando por fin me dormí, con la cabeza tapada y todo arrinconado. Desperté repitiendo una de sus expresiones favoritas: «lágrimas de sangre». Siempre que papá se emborrachaba le entraba el desespero y amenazaba con largarse de la casa, mamá suplicaba que no nos desamparara y él soltaba su frase: «Ni porque me lloren lágrimas de sangre». En la cocina pregunté por él y mamá sólo dijo que desayunara porque ya faltaba un cuarto. Probé el café, revolví los huevos, manoseé el pan y salí corriendo. La mañana fue una sola carrera. Todo me daba vueltas. Olvidé una tarea, perdí una evaluación y, para colmo de males, extravié el dinero del almuerzo. Me dediqué a patear piedras y latas de cerveza en la calle. La jornada de la tarde tuvo sus propias desdichas.

Cuando volví a casa, mamá no estaba. Me había dejado la llave con la vecina. Mi hermana llegó al rato.

—Papá se fue con Mariela Cruz —dijo—. Ya se llevó la ropita.

Le pregunté cómo lo sabía, por qué.

—Los hombres se vuelven locos por un culo parado.

Mamá llegó tardísimo, con los ojos hinchados, pero sin rastros de sangre. Nos abrazó y se fue a la cama.

Se volvió otra. Una ausencia. Mi hermana y yo nos encargamos de la casa porque mamá no hacía presencia. Llegaba a medianoche, a veces borracha, y se levantaba tarde, cuando ya nos habíamos ido al colegio. Al volver, no la encontrábamos.

Vi a papá de cuando en cuando. La primera vez por casualidad, en el Parque Pepe Romero, con Mariela Cruz. Era linda, delgada, una muñequita, pero no era mi mamá. Más bien parecía mi hermana mayor. Papá nos presentó y nos invitó a un jugo en *El Palacio de las Frutas*. Hablamos del colegio, por supuesto, y solté algunas mentiras. La muchacha parecía

Vi a papá de cuando en cuando. La primera vez por casualidad, en el Parque Pepe Romero, con Mariela Cruz. Era linda, delgada, una muñequita, pero no era mi mamá. Más bien parecía mi hermana mayor.

apenada y se reía todo el tiempo. Papá dijo que pasara a visitarlo. Alguna vez fui a la casa que tenía con Mariela Cruz. Una casa pobre que necesitaba muchos arreglos y me desvaneció el rencor del abandono. Papá tenía problemas de dinero.

Mamá no. Empezó a comprar cosas para la casa, más cosas que nosotros debíamos limpiar, comenzó a comprar vestidos lujosos y llamativos, perfumes caros y una que otra joya, como si tuviese una varita mágica. Ni mi hermana ni yo nos atrevimos a preguntarle de dónde venía el chorro. A veces la traía un hombre, a veces la esperaba en la esquina un auto lujoso. Mi hermana y yo no nos decíamos nada. Nada. Dejábamos que pasaran los días como si el tiempo alguna vez volviera a poner las cosas en su sitio.

Hasta que un desgraciado soltó la terrible frase: «Su mamá se puteó». Le reventé la nariz a la putrefacta rata de alcantarilla y me dejó un ojo morado y a medio cerrar. Le dije a papá en uno de esos encuentros casuales:

–Mamá anda en malos pasos.

–Es tu mamá.

Quiso decir que no debía juzgarla, que debía hacerme el de la vista gorda y quererla de todas maneras.

–No tienes que hacerte matar –dijo papá.

No le hablé de mi hermana, que aprovechaba las ausencias de mamá para verse hasta tarde con Humberto, un mecánico de motos. Creo que una noche se quedó con él. Luego la encontré derramando sus propias lágrimas de sangre. «Se aprovechó de mí», dijo. No se volvieron a ver. Mi hermanita del alma levantó el reemplazo en un abrir y cerrar de piernas. Andaba como loca. Dormía desnuda. Un terremoto, y todo el mundo le conocería el culo. Yo todavía no tenía bigote, pero ella se

rasuraba las axilas y la cosa. La otra vez la vi, por accidente, en esa tarea. La casa era tan chiquita que nos tropezábamos a cada rato.

Tampoco mencioné ante papá mis extravíos. Me emborraché un par de veces y fue horrible. Alguien me ofreció marihuana y fue peor. Sentí que me buscaban para matarme. Más de una vez desperté empapado de sudor. Martina Prado se ofreció a enseñarme los senos si le pagaba, pero no conseguí el dinero. Mamá no se descuidaba. Calculé que necesitaba sacrificar los almuerzos de por lo menos dos semanas y las tripas me chillaron.

–Hasta me los dejo tocar –precisó Martina.

No soñé con las teticas de Martina Prado sino con los melones de Abelarda Cienfuegos, la novia del gordo Barroso.

El mundo ya era lo que era y se me salía de las manos. Quise sentarme en un rincón a esperar que todo pasara.

–Papá.

–Qué.

–Vuelve a casa.

Papá me miró con lástima. Pasó sus dedos por mi cabeza y dijo:

–Siempre te he querido.

No nos vimos en unos cuantos meses. No coincidimos. Si lo buscaba en la oficina, había salido a cumplir algún trámite, y si lo buscaba en su casa, estaba por llegar, Mariela me pedía que esperara y me cansaba de mirar las paredes. Tampoco lo busqué muchas veces.

–Marica –me dijo Martina Prado cuando nos cruzamos en las escaleras.

Martina era todo un verde prado en mis sueños, un jardín, un estadio de girasoles, y yo, la vaca que la devoraba sin descanso. Nunca me atreví a decirle que era la vaca que pastaba en su apellido.

Le pregunté al negro Alcides cómo hacía para mantenerse con billete y me señaló con disimulo a la profe de geografía. No pregunté detalles, pero me asombró que al negro le gustaran tan viejas y tan gordas.

–También persigue a los desteñidos –dijo Alcides, riéndose.

Decidí darle el sablazo a papá. Nos encontramos de casualidad a la salida de un teatro. Él estaba solo y yo también. Me acompañó hasta el paradero.

–Vas a tener un hermanito –dijo a manera de despedida.

Con el par billetes que dejó en mi mano sudorosa, ahora doblados en el fondo del bolsillo, le recordé a Martina Prado el ofrecimiento y me cacheteó delante de medio mundo en el patio de recreo. ¿Quién entiende a las mujeres?

–Dame esos billetes y te digo cuál hembra te muestra las tetas –dijo el negro Alcides.

–¿Y qué saco con saberlo?

–Te la pongo en bandeja.

Le di los billetes al negro y dos días después me pasó el dato: Abelarda Cienfuegos.

–¿Creíste que no sabía por quién se te escurre la baba?

–¿Y Barroso?

–No te preocupes por ese gordo marica.

Fui a la casa de Abelarda y pulsé el timbre. ¿Sería verdad o el negro me había estafado? O me daban otra cachetada o descubriría el universo. Ya era tarde para echarme atrás. Abelarda abrió la puerta y me recibió con un beso. Me llevó de la mano hasta su cuarto y me hizo sentar a la orilla de la cama. Se desabotonó la blusa.

–¿Quieres ver más, bebé?

Me arrojó la blusa a la cara.

–¿Más?

Se arrancó el brasier y sacudió sus inmensas tetas de un lado a otro. Luego se acercó hasta mi boca. Pasé la lengua, hundí la cara, chupé los pezones.

—¿Quieres más? —dijo—. Quítate la ropita.

Lo hice y me quedé tendido en la cama, como un cervatillo asustado en las fauces de una leona hambrienta, mientras Abelarda me recorría, primero con los senos y luego con la lengua. Había metido la cabeza en el enchufe y la electricidad me recorría de pies a cabeza.

—Ay, Fernando, siempre te tuve ganas, pero pensé que no te gustaban las mujeres. ¿Quieres más?

Desnuda, se acaballó sobre mí y entré en cuerpo y alma al paraíso. Abelarda Cienfuegos comenzó a gritar como una loca.

Tres meses después papá volvió a casa. Lo encontré en la sala, flaco y con los zapatos desgastados, cuando llegué de la biblioteca, donde estaba a punto de terminar *Madame Bovary*. Mi hermana no iba a clases desde que su barriga se hizo evidente. Ahora lloraba en los brazos del hombre de la casa.

—Saluda a tu papá —dijo mamá—. Nos perdonamos todo.

Papá torció la boca y movió la cabeza hacia delante un par de veces. En una pausa del noticiero, esa misma noche le pregunté por Mariela Cruz.

—Se fue —dijo.

—¿Y mi hermano?

—No era tu hermano.

Como para consolarme, añadió:

—Ahora vas a tener un sobrino.

—Y tú vas a ser abuelo.

—Cierto —dijo papá, y me pareció feliz—. Ya me encontré las primeras canas y necesito unos anteojos.

—Tengo novia.

—Ya era hora.

Mamá había preparado una cena succulenta, como de navidad, y se reía por cualquier cosa.

—Todo volverá a ser como antes —dijo. **bU**

**Tres meses después
papá volvió a casa.
Lo encontré en la
sala, flaco y con los
zapatos desgastados,
cuando llegué
de la biblioteca,
donde estaba a punto
de terminar
Madame Bovary.**

Pamplona, 1999